

La predicación dominicano-tomista como pedagogía de la fe

Dominican Thomist Preaching as a Pedagogy of Faith

[Artículo de investigación]

Martín Gelabert Ballester¹

Recepción: 21 de abril de 2022
Aprobación: 10 de mayo de 2022

Citar como:

Gelabert Ballester, M. (2022). La predicación dominicano-tomista como pedagogía de la fe. *Revista Albertus Magnus*, 13(2), 7-21.
<https://doi.org/10.15332/25005413.10380>



Resumen

El autor ofrece una serie de orientaciones, inspiradas en la tradición dominicana y en Tomás de Aquino, que deberían estar presentes en toda pedagogía de la fe. El principio general que debe guiar toda pedagogía es la búsqueda de la verdad; precisamente este fue el proyecto de Tomás de Aquino. El artículo se detiene en un texto de Tomás de Aquino que expone las condiciones para que se dé la fe. Termina aportando dos importantes dimensiones que deben estar presentes en toda pedagogía de la fe, a saber, la capacidad para lo positivo y la oferta de contenidos, inspiradas en dos de los calificativos que se dicen de Domingo de Guzmán: predicador de la gracia (capacidad para lo positivo) y doctor de la verdad (oferta de contenidos).

Palabras clave: predicadores de la fe, predicador de la gracia, verdad, hablar con Dios, hablar de Dios.

Abstract

The author offers a series of guidelines, inspired by the Dominican tradition and by Thomas Aquinas, which should be present in any pedagogy of faith. The general principle that should guide all pedagogy is the search for the truth; precisely this was the project of Thomas Aquinas. The article reflects on a text by Sto. Tomás that exposes the conditions for faith to be given. It ends by providing two important dimensions that must be present in any pedagogy of the faith, namely, the capacity for the positive and the offering of content, inspired by two of the descriptions that are said

¹ Universidad Católica de Valencia. Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España. Correo electrónico: mgelabert.ar@dominicos.org; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8261-5823>

of Dominic de Guzmán: preacher of grace (capacity for the positive) and doctor of the truth (content offering).

Keywords: preachers of faith, preacher of grace, truth, talk to God, talk about God.

La necesaria pedagogía de la fe

Inaugurar un Congreso sobre “Teología y formación en la fe” con una reflexión sobre la pedagogía de la fe parece muy oportuno, porque toda formación requiere una pedagogía. Según cuál sean los procesos, métodos, formas y maneras de enseñar, el aprendizaje será más fácilmente asimilado y más agradablemente acogido. También la formación en la fe requiere pedagogía. Pues si bien es cierto que la fe no es un aprendizaje académico, no deja de ser un aprendizaje, como aprendizaje es el madurar humanamente, el amar, o el aprender a ser libres. La fe no surge por generación espontánea. El apóstol Pablo decía que la fe “viene de la predicación” (Rm 10,17), o sea, la fe requiere un anuncio. Lo menos que puede decirse de un anuncio es que requiere de un cierto estilo y de una cierta estética para que sea acogido. Hay modos de presentar la fe que, más que conducir a la adhesión, conducen a la indiferencia e incluso al rechazo. Ya el Vaticano II hizo notar que había modos inadecuados de presentar la doctrina que conducían al ateísmo (*Gaudium et Spes*, n. 19).

El apóstol Pablo, además de dejar claro que la fe nace de la predicación, añadía que esta predicación requiere de una buena pedagogía (2 Tim 4,2.5). En esta línea, la primera carta de Pedro (3,15) exhorta a los cristianos a dar buenas razones de su fe y de su esperanza. El término griego que utiliza es “apología”. Apología es lo que hace un buen abogado defensor para defender a su cliente; apología es una exposición inteligente, dar buenos motivos con modos convincentes. A veces, como dice san Pablo, poniéndole un poco de humor al asunto (Col 4,6).

La Constitución *Dei Verbum* del Vaticano II habla explícitamente de la “pedagogía divina” (n. 15) con la que Dios se revela, pues “la Sagrada Escritura nos muestra la admirable condescendencia de Dios, para que aprendamos la inefable benignidad de Dios y cuánto ha acomodado su lenguaje, providente y solícito hacia nuestra naturaleza” (n. 13). Por su parte, los últimos Papas han insistido en la necesidad de una buena pedagogía de la fe. Juan Pablo II habla de una “pedagogía de la fe”, por medio de la cual “se trata de comunicar en su integridad la Revelación de Dios”. Y añadía: “Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe” (Juan Pablo II, 1979, n. 58).

Más recientemente, el papa Francisco ha recalcado lo importante que es buscar la forma adecuada de presentar el mensaje:

Algunos creen que pueden ser buenos predicadores por saber lo que tienen que decir, pero descuidan el *cómo*, la forma concreta de desarrollar una predicación. Se quejan cuando los demás no los escuchan o no los valoran, pero quizás no se han empeñado en buscar la forma adecuada de presentar el mensaje.

Citando a Pablo VI recuerda que “la evidente importancia del contenido no debe hacer olvidar la importancia de los métodos y medios de la evangelización” (Francisco, 2013, n. 156). Inspirándose en Tomás de Aquino (*Suma de teología*, I-II, 65, 3, ad. 2), y citando a Juan Pablo II, dice que hace falta “una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio” (Francisco, 2013, n. 171).

Si consideramos los dos términos griegos que están en el origen de nuestra palabra, pedagogía (*pais* y *agogos*) significa conducir a los niños. En nuestro caso, se trata de orientar a los niños en la fe, o sea, a los que tienen una fe infantil, poco madura, débil o imprecisa, para que sean adultos en la fe. Porque una cosa es “ser como niños”, y de los que son como ellos dice Jesús que es el Reino de los cielos, y otra tener una fe infantil. En este sentido, san Pablo lamentaba que algunos en la comunidad de Corinto no estuvieran en disposición de recibir el alimento sólido de la fe y tuvieran que ser alimentados con leche, como los niños (1 Cor 3,2). Algo parecido decía el autor de la carta a los Hebreos (5,12-14): debiendo ser adultos en la fe, “os habéis hecho tales que tenéis necesidad de leche en lugar de manjar sólido”.

Cierto, como también decía san Pablo, no basta la predicación, por muy buena que sea, para que la fe sea acogida, pues la acogida de la fe no depende solo de la predicación, sino también de las disposiciones del oyente (Rm 10,16). La fe no es un conocimiento más, sino un conocimiento personal que transforma a la persona, y cuando se trata de relaciones personales y de cambio personal, la libertad juega un papel esencial. En este sentido Tomás de Aquino nota con gran perspicacia que viendo el mismo milagro y oyendo la misma predicación unos creen y otros no creen (*Suma de teología*, II-II,6,1). Pero eso no disminuye en nada la responsabilidad del predicador y la necesidad de una buena pedagogía.

En adelante, vamos a reflexionar sobre una serie de principios y de orientaciones que deberían estar presentes en toda pedagogía de la fe. La pedagogía es cambiante, en función de tiempos, personas y lugares. Pero hay algunos principios que deben inspirarla, sean cuales sean sus métodos concretos. Estos principios que voy a ofrecer están inspirados en un tipo de predicación que va más allá de las exhortaciones morales, para centrarse en un mejor conocimiento de Dios, como es la predicación dominicano tomista. En la tradición dominicana y en Tomás de Aquino encontramos una serie de indicaciones útiles e importantes de cara al despertar de la fe y a su desarrollo. La predicación dominicano tomista es teológica, o sea, ofrece contenidos. Más aún, el propósito que guía toda la obra de Santo Tomás es el propósito que debe guiar no solo a la teología, sino a toda ciencia y a toda búsqueda humana digna de este nombre y al que debe tender toda buena pedagogía: la búsqueda de la verdad (con sus derivaciones de justicia, belleza, etc.). Comenzamos por presentar a Tomás de Aquino como un maestro en la búsqueda de la verdad.

La pasión por la verdad

Lo que mejor define el proyecto de Tomás de Aquino, y una de sus características más singulares, es la búsqueda de la verdad, donde quiera que esté, no importa quién la diga y de dónde venga. Tomás hace suya una frase que él atribuye a San Ambrosio: “Toda verdad, la diga quien la diga, procede del Espíritu Santo” (*Suma de teología*, I-II, 109, 1; *Comentario al Evangelio de Juan*, c. 8, lect. 6). Para él, nadie hay tan malo que no tenga algo de bueno, y nadie tan falso que no posea parte de verdad. Hasta del demonio puede afirmarse².

Estaba convencido de que “hasta los pensadores equivocados eran dignos de nuestra gratitud y estima, pues ellos también han ayudado al descubrimiento de la verdad”. Y escribe, comentando a Aristóteles: “Lo mismo que en un tribunal, para que el juez pueda juzgar, debe haber oído las dos partes contendientes, así también el pensador cristiano debe escuchar a todos los pensadores en sus investigaciones opuestas a fin de tener más datos para su juicio” (*Comentario al libro III de la Metafísica de Aristóteles*, lect. 1). El investigador debe escuchar todas las posiciones, por muy opuestas que sean. Ha de comenzar por dudar, convencido de que hay algo de razón en cada uno de los opuestos. En el momento de aceptar o rechazar una opinión, dirá,

No hay que dejarse llevar del sentimiento, es decir, del amor o del odio hacia quien la propone, sino por la certeza de la verdad. Hay que amar a uno y a otro, tanto a aquél cuya opinión aceptamos, como a aquél cuya opinión rechazamos, convencidos de que ambos se aplicaron a la búsqueda de la verdad, y en esto son colaboradores nuestros. (*Comentario al libro II de la Metafísica de Aristóteles*, lect. 1)

La verdad hay que buscarla allí donde esté. Ahora bien, como creyente que es, Tomás está convencido de que Dios es la verdad primera y última (*Suma de Teología*, II-II, 1,1). Pero, como buen teólogo, sabe que Dios es un misterio incognoscible³. Tomás de Aquino llega a afirmar que lo máximo y más perfecto de nuestro conocimiento de Dios en esta vida es conocerle como a un desconocido, pues si bien sabemos lo que no es, “ignoramos absolutamente lo que es” (*Suma contra gentiles*, III, 49). Por tanto, calificarlo de verdad primera y última es algo así como decir que un desconocido está en la base de toda realidad y que todo tiende hacia él, aunque no lo sepa. Por eso la vida del creyente en este mundo es un continuo anhelo de Dios y una inacabada búsqueda de Dios.

² El demonio es el principal enemigo de la verdad. Pero en los demonios hay alguna verdad porque ningún mal corrompe totalmente el bien, pues si no desaparecería el sujeto, que es un bien. Por eso, en los demonios permanecen íntegros los bienes naturales (*Comentario al Evangelio de Juan*, c. 8, lect. 6).

³ Ni siquiera en la gloria es posible “conocer la esencia divina en el grado de perfección con que es cognoscible. Dios es infinito, es infinitamente cognoscible. Ningún entendimiento creado puede conocer infinitamente a Dios” (*Suma de Teología*, I, 12,7).

Dios separa a creyentes y a no creyentes. Pero en la medida en que los no creyentes buscan la verdad de su vida, entonces unos y otros, creyentes y no creyentes, podemos estar en comunión en la búsqueda de la verdad. Tomás de Aquino habla del deseo natural que toda persona tiene de conocer la verdad, deseo insaciable, abierto de continuo a nuevas perspectivas, tanto que ello justifica la investigación, el razonamiento, el diálogo, la acogida de nuevas culturas. Este deseo de verdad dice Santo Tomás desde su fe cristiana, solo se colmaría si fuéramos capaces —y no lo somos aquí en la tierra— de ver a Dios, suma y única verdad, cara a cara. Entonces, dice, el hombre dejaría de aspirar a más; solo entonces sería feliz (*Suma de Teología*, I, 12, 8, ad 4).

Cultivar la inclinación de los hombres hacia la verdad

En la encíclica *Fides et ratio* (nº 3), Juan Pablo II afirma que “de modos y formas diversas, la filosofía muestra que el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre”. Este deseo de verdad que hay en todo ser humano se manifiesta en el hecho de que nadie desea ser engañado, aunque, en ocasiones, busca engañar a los demás. Así, pues, un terreno común en el que los creyentes podemos encontrarnos con los no creyentes y hacer camino juntos, es el de la búsqueda de la verdad. Presentarnos como poseedores de la verdad nos separa, pues esta pretendida posesión significa que otros no la tienen. En la búsqueda, podemos encontrarnos y, en esa búsqueda, podemos darnos la mano y comprender nuestras limitaciones.

Ahora bien, es posible que, en muchas ocasiones, este deseo innato de verdad que hay en el ser humano deba ser purificado, orientado o incluso despertado. En el *Libro de las Constituciones y ordenaciones de los frailes de la Orden de Predicadores* encontramos esta sabia orientación, que bien puede ser un primer paso evangelizador: los frailes (en realidad todo dominico, más aún, todo creyente) “son llamados a cultivar la inclinación de los hombres hacia la verdad” (n. 77). No dice que estamos llamados a imponer la verdad, sino a cultivar una inclinación, de modo que cada uno pueda buscarla e implicarse personalmente en esa búsqueda.

¿Cómo cultivar la inclinación a la verdad, el deseo de verdad, en un mundo de confuso relativismo, edificado sobre la mentira, en el que poderes influyentes tratan de ocultar la verdad (*fake news*) y otros no saben cómo encontrarla? Más que ofrecer respuestas, que a veces parecen imposiciones, será necesario comenzar por suscitar preguntas. Jesús es un buen maestro en el arte de preguntar. ¿Qué os parece?, repite con frecuencia a sus interlocutores, para que ellos mismos busquen la respuesta y encuentren la verdad. La verdad así ya no aparece como impuesta, sino como descubierta por uno mismo.

En psicología se habla de la muerte edipiana del padre⁴. Hay que matar (o mejor apartar) al padre para que el hijo encuentre su lugar. Pues bien, si a la hora de evangelizar solo ofrecemos argumentos de autoridad, nos parecemos a este padre que ofrece soluciones y respuestas y, por tanto, que hay que matar. No hay que tener miedo a que la gente argumente, debemos invitar a la discusión, abrirnos a la crítica y permitir que la gente busque por sí misma. Y, por nuestra parte, ofrecer razones, argumentos, explicaciones, no contentarnos con criticar lo que aparece en la superficie, saber buscar el fondo de las cosas, sacar a la luz los verdaderos motivos e intenciones, iluminar la mentira para que aparezca lo repulsiva que es. Pues la mentira no desaparece cuando nos lamentamos o criticamos, sino cuando la iluminamos.

Cuando a uno le imponen la verdad, la rechaza. Cuando uno la ha encontrado, enseguida la acepta. Pero para encontrarla hay que buscarla. Y para buscarla hay que desecharla. Y para desecharla hay que purificar el deseo. Hay que hacerse preguntas. Ayudar a que la gente encuentre la verdad por sí misma requiere paciencia y tiempo. Tiene en cuenta la lentitud de la maduración psicológica e histórica. Pues la búsqueda y el encuentro de la verdad conoce grados, desarrollos sucesivos, inicios humildes antes del éxito pleno (Pablo VI, 1964, n. 36). La verdad no tiene prisa, respeta los tiempos y los plazos.

Buscar va Verdad y acompañar a otros en esta búsqueda requiere estudio y saber teológico. En la improvisación no hay búsqueda de la verdad.

Condiciones para que se dé la fe

La pasión por la verdad y su búsqueda está en la base, consciente o inconscientemente, de todo encuentro con Dios. Sentado este principio general y englobante, vamos a detenernos ahora en un texto de Santo Tomás (*Suma de Teología*, II-II, 6,1; *Comentario a la Carta a los Romanos* 10, 17, lect. 2) que, a mi modo de ver, resume perfectamente lo que debe ser el marco necesario para toda transmisión de la fe.

Para que se dé la fe, dice nuestro autor, se requieren dos condiciones. Primera: la proposición de lo que hay que creer, o sea, la predicación del evangelio o, dicho de forma más personal, que me presenten a Jesucristo. Si no me anuncian el evangelio no hay modo de saber lo que tengo que creer ni a quién estoy invitado a acoger. Segunda condición: el asentimiento del oyente a lo que se le propone, pues es posible anunciar el evangelio sin que este sea acogido y, si no es acogido, no hay fe. Dicho brevemente: para que se dé la fe se requiere anuncio y acogida. Anuncio que viene de fuera de mí y acogida personal.

⁴ Matar al padre es una figura metafórica que utilizaba Freud para expresar el momento en el que las personas maduramos y dejamos a los padres apartados.

La primera condición deja claro que la fe no brota de la imaginación, como puede ser el arte, ni es resultado de la reflexión, como la filosofía; es una oferta, un anuncio, una invitación. Es la respuesta a una pregunta previa, que se me hace después de que me han explicado sus contenidos y sus consecuencias: ¿crees en Dios Padre, en su Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo? Por eso, dice Tomás, que “las verdades de la fe, las propone Dios mediante los predicadores de la fe por Él enviados”, basándose en Rom 10,15: “¿Cómo oirán sin que se les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?”.

En cuanto a la segunda condición, es decir, el asentimiento del creyente a las verdades de fe, se puede considerar doble causa. Vamos por orden con esta doble causa que invita al creyente a acoger el anuncio y, por tanto, a creer. Una vez escuchado y recibido el anuncio, la primera causa que mueve a creer, santo Tomás la llama “exterior”, porque viene de fuera. Esta primera causa tiene una doble dimensión, referente a lo que se ve y a lo que se oye. Lo que el invitado a la fe debe ver es, en palabras de santo Tomás, “un milagro”. Me permito traducir o interpretar milagro como signo de la fe. Eso es lo que el invitado a creer debe ver: signos. Posiblemente hoy el mejor signo que llama e invita la fe es el testimonio de vida de los creyentes. Este testimonio de vida, concretado en el amor mutuo, es el gran signo que Jesús indica para que el mundo crea (Jn 13,35).

El segundo aspecto de la causa exterior que invita a creer es la predicación, pero no cualquier modo de predicación, sino en palabras de santo Tomás, una predicación persuasiva. “La persuasión del hombre que induce a la fe”, dice literalmente el santo. Y el hombre que induce a la fe es, volviendo a utilizar la bella fórmula de santo Tomás, “el predicador de la fe”. El predicador de la fe no puede predicar de cualquier manera, debe hacerlo de forma persuasiva, convincente, con palabras que hagan pensar, que muevan al corazón, que iluminen la inteligencia. Con palabras que ofrezcan razones, motivos, argumentos, buenas explicaciones.

Ahora bien, los signos y la persuasión del predicador no son suficientes para que la fe sea acogida, pero son condición necesaria para ello. Condición necesaria (y por tanto, la Iglesia nunca puede eludir esta responsabilidad), pero no suficiente. Con gran perspicacia, santo Tomás nota: “Entre quienes ven un mismo milagro (ven los mismos signos) y oyen la misma predicación, unos creen y otros no creen”. La necesaria predicación es responsabilidad del predicador, pero la acogida de la predicación es responsabilidad del oyente, puesto que la fe es libre por naturaleza y nunca puede ser forzada o impuesta. La acogida de la fe es un asunto entre cada persona y Dios. Por eso Tomás de Aquino termina la descripción del proceso de la fe diciendo que para asentir a las verdades de fe es necesaria “una causa interior” (además de la exterior), a saber: la gracia de Dios que mueve la libertad del hombre.

Los asuntos entre Dios y el ser humano no son responsabilidad de la Iglesia y, por tanto, sobre estos asuntos no hay nada que decir, tanto solo callar y respetar. Pero sí que hay que decir, y mucho, sobre la condición previa para que esta relación entre el ser humano y Dios pueda ocurrir. Y la condición previa, no suficiente, pero necesaria, es la buena predicación y, por tanto, la necesidad de predicadores de la fe, bien formados y bien

convencidos. Para convencer hace falta estar convencido. Pero no basta estar convencido. Hace falta también demostrar a los demás que uno está convencido. Pues algunos que se dicen convencidos son discurseadores aburridos y repetitivos. Dicho desde la perspectiva del receptor de la predicación: para convencer hace falta que el oyente empiece por creerse que el predicador se ha creído antes aquello de lo que quiere convencer. Esto nos introduce en el siguiente punto de nuestra reflexión.

Hablar con Dios para poder hablar de Dios

“Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos”. Estas palabras con las que comienza la primera carta de Juan son también el punto de partida de la constitución *Dei Verbum* del Vaticano II sobre la revelación: antes de proclamar la palabra de Dios y para poder proclamarla, hay que escucharla⁵. No hay predicador de la fe sin escucha previa de la palabra de Dios. Quizás alguien puede pensar que esta es la norma de todo profesor, pues el profesor enseña lo que ha aprendido. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre el predicador y el profesor. Pues mientras el profesor puede enseñar perfectamente una teoría que no le convence ni le afecta, el predicador solo puede anunciar aquello que antes le ha afectado profundamente. Más aún, aquello que antes le ha transformado. Pues, como bien dice Kierkegaard,

El cristianismo no es una doctrina, sino un mensaje existencial. Por consiguiente, no le resulta indiferente, como lo sería con una doctrina, la persona que lo expone, con tal de que diga objetivamente lo verdadero. No, Cristo no ha instituido *Dozent*, sino imitadores. Si el cristianismo (por no ser una doctrina) no se reduplica antes en su expositor, entonces éste no expone el cristianismo, pues el cristianismo es un mensaje existencial, y únicamente vuestra existencia lo expone. (Kierkegaard, 2014, IX A 207)

La conversión del predicador es condición previa de toda predicación. Tomás de Aquino es un buen referente personal y doctrinal a este respecto. El de Aquino fue un buen teólogo porque tuvo una profunda experiencia de Dios. Tomás es un hombre de fe, que ha aprendido más en la contemplación que en los libros, un santo que se ha dejado moldear por el Espíritu, y un sabio que ha aprendido más ante el Crucifijo que en el estudio. No voy a entrar ahora en los detalles de su vida, pero creo poder asegurar que su enseñanza es en gran parte el desborde de su experiencia mística⁶. Puede decirse de él, como de santo Domingo, que “no hablaba sino con Dios o de Dios”.

Hablar con Dios supone un contexto de plegaria, de contemplación y de búsqueda de la verdad. La plegaria y la contemplación tienen su prolongación en la reflexión teológica, pues la teología nos ayuda a conocer mejor al Dios amado, para poder así amarle más.

⁵ “Solo quien acoge al Logos y tiene familiaridad con la Palabra de Dios puede convertirse en anunciante veraz y creíble” (Fischela, 2023, p. 69).

⁶ En su libro *Saint Thomas et la théologie* (2010), el P. Chenu comienza con estas palabras el capítulo tercero dedicado a Tomás “el contemplativo”: “Es evidente que la contemplación es, en Tomás de Aquino, el principio y el fin de su vida (de su estado de vida), así como de su teología”.

De hecho, el Vaticano II dice que la percepción de la revelación crece inseparablemente por la oración y la teología⁷. Según Tomás de Aquino, el estudio de la teología y la oración nos hacen amigos de Dios⁸. Una oración que, de un modo u otro no conduce a la teología, o dicho de otra manera, no busca conocer mejor a Dios, es una pobre oración, es un puro rezo, un recitado que se queda en fórmulas y no busca un mejor conocimiento personal.

El “hablar con Dios” de Santo Domingo, su hijo Tomás lo traducirá por *contemplari*. Hablar con Dios para poder hablar de Dios. Así Tomás completará su *contemplari* con *aliis tradere contemplata* (*Suma de Teología*, II-II, 188,6). En Domingo y en su hijo Tomás, la vida espiritual (oración y estudio) se convierte en misión, en servicio a las personas que buscan a Dios y a aquellas que, una vez que lo han encontrado, quieren avanzar en su conocimiento, madurar en su fe.

Para que no quede ninguna duda de la importancia de completar el contemplar con la misión, o sea, del supremo valor del apostolado, nuestro santo precisa que hay tres grados en el amor a Dios. Primer grado, “el de aquellos que se apartan fácilmente del ejercicio de la contemplación divina para enredarse en los asuntos terrenos”; esos manifiestan poco o ningún amor a Dios. Otros, en cambio, “se deleitan tanto con la dedicación a la contemplación divina, que no quieren dejarla ni siquiera para entregarse a los servicios divinos para la salvación de los prójimos”; o sea, no quieren dejarla ni para dedicarse a tareas apostólicas. “Más algunos, dice el santo, suben a tan alta cima de la caridad, que dejan la contemplación divina, aunque tengan en ella el máximo deleite, a fin de servir a Dios para salvación de los prójimos”. Esta perfección, dice el santo, es propia de los predicadores. Los predicadores de la fe son los que alcanzan el máximo grado de perfección en el amor (*De caritate* I,11,6).

En suma, lo más perfecto cristianamente hablando, lo que más agrada a Dios, lo que manifiesta un mayor amor a Dios no es la mucha dedicación a la oración o al estudio, sino el adecuado equilibrio entre contemplación (oración y estudio) y apostolado o predicación. El máximo grado de amor a Dios y de amor al prójimo (pues siempre van unidos) se encuentra en aquellos que viven intensamente la oración y la escucha de la Palabra, para luego transmitir eso que han vivido y escuchado, y hacerlo con convicción y elocuencia.

En su exhortación *Evangelii Gaudium* (n.º 150), el papa Francisco ha utilizado este axioma tomista y lo ha comentado de esta manera:

Quien quiera predicar debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne en su existencia concreta. De esta manera, la predicación consistirá en esa actividad

⁷ La percepción de “las palabras transmitidas”, o sea, de la revelación, crece “por la contemplación y estudio de los creyentes” (*Dei Verbum*, n. 8).

⁸ “El estudio de la teología une especialmente a Dios por amistad” (*Suma contra los gentiles* I,2); “la oración nos familiariza con Dios” (*Compendio de Teología*, segunda parte, cap. 2).

tan intensa y fecunda que es “comunicar a otros lo que uno ha contemplado”. Por todo esto, antes de preparar concretamente lo que uno va a decir en la predicación, primero tiene que aceptar ser herido por esa Palabra que herirá a los demás.

Escuchar a los hombres para poder hablarles de Dios

No hay predicación sin previa escucha de la Palabra. Pero una buena predicación requiere además otra escucha. “Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo”. Por eso, el predicador “necesita poner un oído en el pueblo, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar”, dice el papa Francisco (2013, n. 154). Una buena predicación requiere, además de la escucha de la palabra de Dios, la escucha de las personas a las que se dirige la predicación. Pues solo escuchando su palabra encontraremos las palabras adecuadas para ser entendidos. El predicador debe conocer a los destinatarios de su predicación. Para conocerlos hay que escucharlos. Por eso, antes de hablar, el predicador pregunta. Como el misterioso personaje a los discípulos de Emaús: de qué hablabais por el camino, cuáles son vuestras preocupaciones, vuestras inquietudes, vuestros problemas. Así nos ponemos en sintonía con el destinatario de la Palabra. Nuestra predicación es muy distinta cuando antes hemos escuchado que cuando empezamos nuestro discurso desde la teoría o la doctrina preestablecida. No porque no tenga importancia la doctrina, sino porque se presenta con unas modulaciones y unos matices si antes se conoce al destinatario y sus problemas.

En otras palabras: una buena evangelización requiere realizar un serio ejercicio de diálogo de la fe con la cultura. En esto Tomás de Aquino es un buen maestro. A la hora de responder a las distintas cuestiones teológicas, Tomás tiene muy en cuenta lo que dicen sobre la cuestión otros pensadores, a veces para manifestar su acuerdo, otras veces para expresar con delicadeza su desacuerdo y en la mayoría de las ocasiones para ofrecer su solución valorando lo bueno que otros han dicho, aunque añadiendo sus propios matices. Por otra parte, Tomás está convencido de que la gracia supone la naturaleza y de que la fe no puede estar en contradicción con la razón, pues tanto la razón como la naturaleza son obra de Dios, lo mismo que la fe y la Revelación. De ahí que a la hora de hacer teología Santo Tomás tiene en cuenta la naturaleza de las cosas y las reflexiones de aquellos que mejor han sabido explicarlas. Este es el contexto en el que hay que situar la acogida de la filosofía aristotélica, pues en este autor encontró los conocimientos que, en aquella época y en aquellas circunstancias, parecían acomodarse mejor a la realidad.

Ahora bien, el uso que santo Tomás hace de Aristóteles es instrumental, lo usa en la medida, y solo en esa medida, en que el filósofo puede ayudarle a comprender mejor la revelación. Un ejemplo muy claro es el referente a la substancia y a los accidentes. Según Aristóteles, los accidentes no permanecen sin sustancia. Pues bien, al aplicar esta teoría a la eucaristía, santo Tomás afirma que en la consagración desaparece la sustancia del pan y del vino, y que entonces los accidentes permanecen sin sujeto. Es un claro ejemplo de que Tomás no daba valor absoluto a la mediación filosófica, puesto que para

él siempre prevalece la fe. Su seguimiento de Aristóteles es instrumental, funcional, lo utiliza en la medida en que sirve a su proyecto teológico.

El uso de la filosofía, por parte de santo Tomás, está en función de presentar una fe profundamente humana y coherente con la cultura. Una fe inteligible, en la que se buscan siempre las mejores razones para comprenderla y defenderla.

También hoy la Iglesia se sirve de “los hallazgos de las diferentes culturas para difundir y explicar a todas las gentes el mensaje de Cristo, para investigarlo y comprenderlo con mayor profundidad y para expresarlo mejor”. Pero la Iglesia es también consciente de que hay aspectos de la cultura que contrastan con el evangelio y, por eso, el evangelio está llamado a renovar y purificar la cultura (*Gaudium et Spes*, n. 58). La predicación debe adaptar su lenguaje a la mentalidad de las personas de nuestro tiempo y, al mismo tiempo, criticar aquellos aspectos de la cultura y de la mentalidad ambiental que son incompatibles con el evangelio.

En suma, el predicador, el catequista, el teólogo, si quiere que el mensaje cristiano llegue a las personas de hoy, debe realizar una doble escucha: la escucha de la Palabra de Dios y la escucha de las distintas culturas contemporáneas. Solo a partir de esta doble escucha podrá cumplir con la ley de toda evangelización, tal como la formulan el Concilio Vaticano II y las constituciones de la Orden de Predicadores casi con las mismas palabras. La adaptación, o sea, la “predicación acomodada de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda evangelización” (*Gaudium et Spes*, 44), dice el Vaticano II. Las constituciones de la O. P. lo dicen así: “La norma de toda evangelización es la predicación acomodada de la palabra revelada, sobre todo entre quienes están alejados de la fe” (*Libro de las constituciones y ordenaciones de los frailes de la Orden de Predicadores*, 99, II).

No sé si hace falta decir que esta doble escucha requiere un clima de oración, de relación con Dios, y una actitud de simpatía, de buena relación con las personas. Y una vez puesto el ambiente adecuado, el estudio y la formación resultan imprescindibles para que esta doble escucha sea bien asimilada, bien comprendida, y para que el mensaje que se debe transmitir sea bien acogido por los hombres de nuestro tiempo.

Predicadores de la gracia

Estas reflexiones sobre la pedagogía de la fe de inspiración dominicano tomista no estarían completas si no recordamos dos importantes dimensiones o aspectos que deben estar presentes en toda pedagogía de la fe: la capacidad para lo positivo y la oferta de contenidos.

Si el Evangelio es una Buena Noticia, la predicación debe resultar estimulante y sus contenidos deben ser enormemente positivos. Pues hay modos de presentar la fe que destruyen la esperanza. Hay verdades que por su modo de presentarse parecen temibles y se hacen odiosas. Así ocurre cuando se acentúa el temor a la condenación y la dificultad de la salvación. O cuando el acento se pone en lo que Dios exige del ser

humano y no en lo que Dios prepara para el hombre. A Santo Domingo se le califica de “predicador de la gracia”. La positividad, o lo que podríamos llamar “cultura de la gracia” es configurativa de la predicación dominicana. “Propagar por el mundo el nombre de Nuestro Señor Jesucristo”, leemos en la Constitución Fundamental de la Orden, en el párrafo 1, y en el párrafo 8 se añade: “Discerniendo y probando lo que es bueno en los anhelos de los hombres”. En esta línea el Capítulo General de Quezón City (1977) decía: “El dominico mira con simpatía y, aún más, acoge lo que tiene de positivo esta humanidad moderna”. En ningún momento, la Constitución fundamental o los capítulos de la Orden nos presentan como “cazadores de herejes” o “anatematizadores del error y el pecado”. Eso, en todo caso, pertenece a la leyenda negra de la inquisición.

Predicar la gracia no es predicar nuestras cosas, nuestras devociones, que pueden ser útiles en la medida en que favorezcan el anuncio de la gracia. Predicar la gracia es anunciar que Dios ama al ser humano. La predicación no puede convertirse en un discurso moralizante y el evangelio presentarse como un deber, en vez de cómo una posibilidad de vida nueva. Sin duda, el anuncio de la gracia tiene consecuencias vitales y morales. Pero estas consecuencias deben aparecer como lo que son: consecuencias de una conversión, de un encuentro con el Señor. Lo fundamental es el encuentro. No se trata de minusvalorar la moral en la vida cristiana. Pero sí se trata de notar que hay modos de presentarla más o menos coherentes con la predicación de la gracia. Predicar la gracia es ir a lo esencial del mensaje, destacar lo central, lo que ilumina todo lo demás, aquello sin lo cual lo demás no tiene sentido. Lo central es “responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos” (Francisco, 2013, n. 39).

Relacionado con la predicación de la gracia hay un aspecto muy importante referido al anuncio del Evangelio en la sociedad secular, esa sociedad en la que Dios parece que ya no juega ningún papel y que, a veces, se muestra beligerante contra la religión y lo religioso. Lo fácil es condenar al mundo moderno. Lo difícil, pero necesario, es dialogar con él. Y para ello habrá que comenzar por reconocer los aspectos positivos que también hay en la cultura, en la mentalidad y en los modos modernos de vivir y organizarse. A este respecto, me parece muy acertado lo que dice Felicísimo Martínez:

Si la predicación parte de la demonización y condenación de la cultura secular, está asegurado su fracaso. Hoy conviene tener muy en cuenta las sabias reflexiones de santo Tomás: “Es imposible encontrar en las cosas algo que esté totalmente privado de bien. De igual modo, también es imposible que exista un conocimiento totalmente falso sin mezcla de verdad”. Y remacha su convicción afirmando que hasta lo que los demonios dicen de verdadero sólo puede proceder del Espíritu Santo. ¡Excelentes afirmaciones para los predicadores en la cultura secular! Ayudan a pensar que la bondad y la verdad habitan también esta cultura, y que cuanto en ella hay de bondad, de belleza y de verdad sólo puede proceder del Espíritu Santo, aunque sea a través de mediaciones humanas. Hay en la cultura secular “muchas semillas del Verbo”. (Martínez Díez, 2015, p. 354; cf. *Suma de Teología*, II-II, 172, 6, cuerpo del artículo y ad 1 y ad 3).

El predicador ofrece contenidos

En algunos grupos marginales y, en menor medida, dentro de las grandes Iglesias, se da una predicación que enardece el corazón pero no ilumina la inteligencia. Más aún, el pensamiento es considerado casi un obstáculo para acoger el evangelio. Pero la fe no es solo ni principalmente un sentimiento, mucho menos una corazonada. La fe no es una cuestión de emociones, sino de certezas y conocimientos. Según Tomás de Aquino, el objeto de la fe, o sea, aquello que acoge el ser humano, es Dios como Verdad que ilumina la inteligencia. La fe inaugura el conocimiento perfecto de Dios en el que consiste la vida eterna, dice nuestro autor basándose en Jn 17,3: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo” (*De Veritate* 14, 2)⁹.

Y, sin embargo, por parte del creyente, el conocimiento del misterio de Dios se expresa en forma de enunciados, de verdades de fe, porque nosotros conocemos de forma discursiva. El acercamiento a la verdad divina se realiza a base de verdades. Por las verdades vamos a la verdad, por los enunciados de la fe nos acercamos a Dios, mejor aún, a través de esos enunciados conocemos a Dios y le acogemos en nuestra mente. Pues, siendo Dios espíritu, solo es posible acogerlo intelectualmente.

La fe da qué pensar, dice también Tomás de Aquino (*Suma de Teología* II-II, 2,1). Una fe que no suscita preguntas es una fe no suficientemente acogida. Pues la fe debe enfrentarse con muchas dificultades, unas planteadas por la cultura ambiental, que muchas veces cuestiona la religión y la tacha de infantil o de irracional, y otras planteadas por la vida misma. También la acogida del evangelio suscita preguntas: ¿qué significa amar al enemigo?, ¿cómo es posible que Jesús fuera tentado o se sintiera abandonado por su Padre en el momento de la cruz? La Escritura no es un recetario o un devocionario piadoso, sino un libro complejo y lleno de tensiones. Solo una mente iluminada puede ofrecer respuestas y mantener el ánimo en medio de las crisis y las dificultades. De ahí la necesidad de una predicación con contenido.

Hacer exhortaciones piadosas, repetir siempre las mismas fórmulas o condenar basándose en apariencias, es fácil. Lo difícil es ver las necesidades de las personas detrás de sus reacciones a veces desconcertantes. Lo difícil es iluminar la mente y no solo calentar el corazón; ofrecer una predicación ilusionante, positiva, fundamentada en el evangelio, que tenga en cuenta las necesidades de los hombres de hoy, que responda a sus problemas, a sus inquietudes y a sus búsquedas de sentido. Entra en juego aquí el papel del estudio y la necesidad de predicadores preparados, con espíritu crítico, con conocimiento del Evangelio y de la tradición eclesial, conocimiento también de la cultura contemporánea, y con capacidad de distinguir y discernir. Solo el estudio permite una adaptación fiel. Solo el estudio permite una renovación de nuestro lenguaje

⁹ Sobre la fe, en Tomás de Aquino, como acto de la inteligencia más que de la voluntad, puede verse: Gelabert, M. (2022). *Para encontrar a Dios. Vida teológica*. San Esteban-Edibesa (pp. 125 y 147).

y de nuestros esquemas. El estudio permite el diálogo con la cultura y con las otras religiones.

Más aún, si la primera predicación, que es una oferta del kerigma, una presentación de Dios que nos salva en Jesucristo, si esta predicación ha sido bien acogida, enseguida resultará insuficiente, pues provocará una serie de preguntas y moverá a la inteligencia y al corazón del oyente a la búsqueda de un mejor conocimiento. Solo el estudio de la teología puede responder a estas preguntas y ayudar a profundizar en el conocimiento del Dios descubierto como sumamente amable. La teología está al servicio de una mejor comprensión de las verdades de fe, para que, al comprender mejor, el creyente pueda amar más al amado.

Conclusión: la gracia de la predicación y el verbo gracioso

He intentado ofrecer una serie de orientaciones, inspiradas en la tradición dominicana y en la teología tomista, que considero que deben inspirar toda pedagogía de la fe. Si la pedagogía es un método para conducir a un determinado saber, lo primero que conviene que tenga claro el pedagogo es que este saber al que quiere conducir es verdadero. En el caso de la pedagogía de la fe se trata de conducir a la verdad por excelencia de la que dimana toda verdad. Esta verdad se nos ha revelado en Jesucristo. Esta revelación se ha dado a través de un lenguaje y de unos acontecimientos que, en muchos aspectos, nos resultan extraños porque se han expresado en otro contexto histórico-cultural. De ahí la necesidad de un buen acercamiento para comprender correctamente la palabra de Dios que se revela en la historia de Jesús.

Esta palabra está dirigida a las personas de todos los tiempos y lugares. Por tanto, los encargados de transmitir esta palabra deberán hacerlo de forma adaptada y comprensible a las personas de su tiempo y su lugar. Para eso será necesario conocer a esas personas y el mundo en el que se desenvuelven. Además, la palabra que se transmite es una palabra de gracia, por ser palabra de un Dios que es Amor, solo amor y nada más que amor. Por eso, la predicación debe ser propositiva e ilusionante, debe presentarse como una “buena noticia”, debe hacerse apetecer, ser enormemente deseable. El predicador de la Palabra es un predicador de la gracia y un predicador con gracia. En el antiguo misal dominicano se pedía a los predicadores “la gracia de la predicación y el verbo gracioso”. Verbo gracioso, o sea, el uso elegante de la palabra. Porque las formas también son importantes. Si el predicador o el catequista aburre, la gente no atiende. Y la buena noticia se desperdicia, el mensaje se pierde.

La fe necesita testigos. Nace de la predicación. El testigo tiene que ser coherente con lo que testimonia y el predicador tiene que ser elocuente. Solo así resultarán creíbles. Pero la credibilidad sola no garantiza la conversión del oyente. Lo que el oyente recibe no está bajo el control del testigo ni del predicador. Si la buena predicación es el camino que toma la palabra para hacerse oír, la respuesta es responsabilidad del receptor. De modo que, oyendo la misma predicación, unos creen y otros no. Eso no quita para nada la responsabilidad del predicador, pero deja claro que la respuesta no es cosa suya. Lo

suyo es solo la buena predicación. Que no es poco. Pues con ella se sostiene la fe de los creyentes, se puede hacer pensar a los no creyentes que la escuchen y quizás, a estos no creyentes, se les convenza de la seriedad de lo predicado.

Referencias

- Chenu, M. D. (2010). *Tomàs d'Aquino, mestre d'espiritualitat*. Facultad de Teología de Catalunya.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Dei Verbum*.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Gaudium et Spes*.
- Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium*.
- Fisichela, R. (2023). La revelación como palabra de Dios. En dicasterio para la evangelización. *Cuadernos del Concilio (65-80). Materiales para la preparación del jubileo*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gelabert, M. (2016). (2022). *Para encontrar a Dios. Vida teologal*. San Esteban-Edibesa.
- Juan Pablo II. (1979). *Catechesi Tradendae*.
- Kierkegaard, S. (2014). *Diario de un seductor*. Alianza Editorial.
- Martínez Díez, F. (2015). *Ve y predica. La predicación dominicana en los siglos XIII y XXI*. Edibesa.
- Orden de predicadores. (s. f.). *Libro de las constituciones y ordenaciones de los frailes de la Orden de Predicadores*.
- Pablo VI. (1964). *Ecclesiam suam*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Comentario a la Carta a los Romanos*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Compendio de teología*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Comentario al libro II de la Metafísica de Aristóteles*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Comentario al libro III de la Metafísica de Aristóteles*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Comentario al Evangelio según san Juan*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *De caritate*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Suma contra los gentiles*.
- Tomás de Aquino. (s. f.). *Suma de teología*.